

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Scott Robinson Studebaker, Héctor Tejera Gaona y Laura Valladares de la Cruz (coords.), *Política, etnicidad e inclusión digital en los albores del milenio*, México, Miguel Ángel Porrúa/UAM-I, 2007.

JESÚS AGUILAR LÓPEZ*

El libro recopila diversas investigaciones presentadas en 2006 en el Seminario Simbolismo y Poder del Departamento de Antropología de la Universidad Autónoma Metropolitana. La recopilación de los textos analizan tres líneas problemáticas: política, cultura y ciudadanía; etnicidad y procesos políticos en la globalización, y nuevos medios. Bajo estas temáticas diversos autores exponen sus hallazgos de investigación que dan cuenta de una sociedad que inicia un nuevo milenio. Una sociedad que se caracteriza por sus contrastes, pero que convive, a veces con ciertas dificultades, con el modelo que desea alcanzar y

las prácticas del siglo pasado que no abandona, sino que las transforma. Son en todo caso los retos que las ciencias sociales deben enfrentar, en particular la antropología.

El lector encontrará en la primera parte del libro una rica discusión sobre ciudadanía, participación, *accountability*, identidad política, cultura política y, siempre como telón de fondo, la democracia y el poder. Es imperante ya hablar de procesos de consolidación democrática. El régimen político mexicano ha cambiado de tal forma que permite ensayar ciertos ejercicios democráticos que van más allá de la participación electoral. Ejemplo de ello es lo que afirma Héctor Tejera al inicio de su participación: “La configuración cultural de la identidad ciudadana resulta de su interacción con los partidos políticos y las instituciones gubernamentales locales. Dicha identidad influye en su comportamiento político, el cual propicia u obstaculiza el establecimiento de relaciones democráticas en la ciudad de México” (p. 15). Esboza una especie de hipótesis. La identidad política de los ciudadanos, su cultura política, estará determinada por la interacción con los objetos de poder. A partir de ahí se analizan

*Doctor en Estudios sociales-procesos políticos, El Colegio de México y Colegio de Estudios Sociales de Aguascalientes, A. C. [jesuspolitologo@gmail.com].

las características y virtudes democráticas de ambas partes. Por ello se ve en el estudio que en las prácticas de los partidos políticos y de los ciudadanos existe una aceptación de los valores democráticos, pero en los hechos las prácticas clientelistas tienen un alto nivel de aceptación y efectividad. Lo que en otros contextos era criticable ahora debe ser visto como una práctica “natural” de la política.

Por su parte, el texto de Roberto Gutiérrez y Rosalía Winocur obliga a repensar el concepto de participación, pues en todas las esferas de la democracia es el elemento esencial para que ésta funcione: “[...] aunque con frecuencia se asocia directamente democracia con participación, es necesario adjetivar esta última para que efectivamente podamos hablar de una participación propia de tal sistema de convivencia, competencia y representación” (p. 50). En este tenor, afirman que “[...] la institucionalización efectiva de un sistema político democrático, cuestión clave para los organismos institucionales inscritos en él, depende de que exista un convencimiento real de los distintos sectores que conforman la comunidad nacional sobre la bondad y ventajas de dicho sistema [...]” (p. 80). Y reconocen que precisamente la falta de un sentido compartido sobre el sistema democrático es lo que frena en buena medida la posible consolidación del sistema democrático. En otras palabras, se debe partir de un entendimiento de las diferentes partes acerca de lo que se quiere como sistema de gobierno. Por ello la insistencia de los investigadores en entender los significados de la participación

en diversos contextos políticos y sociales para así comprender la disonancia entre lo que quiere la sociedad como sistema democrático y el rol que juegan las instituciones públicas.

En esta misma tesitura, Eleazar Ramos reflexiona sobre el imaginario político de los jóvenes en México. Los jóvenes son el grupo de edad mayoritario en el país, y por esa razón cuantitativa reviste importancia la atención que se le dedique a ellos, pues son con quienes se consolidará el sistema democrático. Efectivamente, el texto de Ramos motiva a la reflexión y al debate cuando concluye que los jóvenes están alejados de la política y que “[...] en su mayoría hayan considerado a la *corrupción* como el término definidor de la política por excelencia [...]” (p. 91). En todo caso, para los jóvenes la participación política es entendida en su acepción formal-procedimental: elegir gobernantes mediante mecanismos electorales. Y esto es así porque hay un evidente divorcio entre los conceptos que se idealizan (democracia) y la vida cotidiana en que se desenvuelven los jóvenes. Eleazar Ramos afirma que: “A la democracia se le piensa y ejemplifica no en términos formales y procedimentales, acerca de lo que ‘debiera ser’, sino en términos de las técnicas y estrategias –muchas de ellas consabidas– a que recurren los actores y partidos políticos para asegurarse el triunfo en las urnas” (p.113). En todo caso, lo que se resalta es que no hay un contexto favorable para que la democracia como sistema de gobierno y de vida sea ampliamente adoptado por los jóvenes, lo que hace que se corra el riesgo de que la democracia mexicana no se

consolide, sino que se repliquen los esquemas autoritarios.

Se tiene entonces una democracia en términos minimalista, procedimental, que cumple con el hecho de que el país celebre elecciones de manera regular. Pero lo que se quiere es ir más allá, hacia una democracia que involucre más a los ciudadanos, para “[...] reducir los efectos de dominación y poder arbitrario” (p. 131). Esto es lo que Alejandro Monsiváis Carrillo expone, dado que “La competencia electoral adquiere su pleno sentido cuando existen alternativas significativas para promover las políticas públicas” (p.144). Es por ello que considera el *accountability* público como el mejor mecanismo para alcanzar una democracia amplia y consolidada. El *accountability* genera la legitimidad ciudadana que requieren los gobiernos para lograr llevar a los ciudadanos de la desconfianza a una mayor y mejor interacción con el sistema político.

Una de las conclusiones más interesantes a las que llega Monsiváis Carrillo es que observa una relación positiva entre quienes consideran que las organizaciones civiles y los ciudadanos tienen influencia en la política, y que las leyes y políticas públicas responden a las preferencias de la ciudadanía y su satisfacción con la democracia.

Ahora bien, una temática que complementa y enriquece el conjunto de estudios abordados es el de la etnicidad en los procesos políticos. Si en el mundo no indígena la democracia no se ha consolidado del todo, en el mundo indígena los retos no son menos complejos. Por ello es valioso tener cinco trabajos –producto de la investigación de campo– en

los que se exponen de manera clara y hasta apasionada las diferentes problemáticas de la relación entre los pueblos indígenas y el Estado mexicano.

Los discursos y reflexiones expuestas van más allá de una simple evaluación de la aceptación o rechazo de los procesos políticos del Estado mexicano, sino que se expone la forma cómo se trata de resolver añejas y nuevas problemáticas

Como bien dice Laura Valladares, los textos se pueden agrupar en dos grandes temas: “[...] la larga y compleja lucha del movimiento mexicano indígena por lograr una nueva relación entre los pueblos indígenas y el Estado mexicano, y la fuerza que en las últimas décadas ha adquirido la construcción de identidades étnicas e identidades políticas” (p. 157); y “[...] la construcción de novedosas y esperanzadoras experiencias locales que desde diferentes trincheras intentan resolver problemáticas nuevas y añejas que se viven en los pueblos indígenas [...]” (p. 157).

En mayor o menor medida los estudios tienen presente el fenómeno del EZLN, ya sea como punto de partida o telón de fondo para tratar de explicar mejor los fenómenos políticos entre los pueblos indígenas.

El lector encontrará interesantes reflexiones sobre *a)* el papel que ha tenido el movimiento indígena en la construcción de la nueva democracia en México; *b)* el papel que jugó y juega el concejo municipal en el proceso de transición política en Chiapas; *c)* la emergencia de nuevas instancias de justicia comunitaria en distintas regiones del país, impulsadas unas por el Estado y

otras al margen de éste; *d*) la cosmovisión y movimiento maya de Guatemala desde la problemática de género, y *e*) también desde la perspectiva de género, un interesante ejercicio de interpretación de la Ley Revolucionaria de Mujeres del EZLN en una comunidad tojolabal neozapatista.

Estas exposiciones son ricas en cuanto al contacto directo que tuvieron los investigadores con su objeto de estudio. Las herramientas de la antropología son de provecho al momento de tratar de explicar los procesos de inclusión de elementos ajenos en las culturas indígenas. Aun para entender la difícil situación por la que pasan las mujeres de estos grupos ante su inclusión activa en los procesos de participación social y política.

Finalmente, las herramientas digitales vienen a dar una nueva interpretación de los fenómenos de influencia, de poder en la sociedad mexicana y mundial. No en vano se afirma que representa un nuevo reto para la antropología. Nuevamente, aquí se encuentra un escenario en el que los jóvenes juegan un papel importante, pues son los usuarios naturales de las nuevas tecnologías, y también se observan acciones erráticas y grandes retos por parte del gobierno mexicano para introducir a los mexicanos en este mundo.

Los tres trabajos apuntan hacia el mismo sentido, México navega sin brújula en el mundo de las comunicaciones digitales, especialmente Internet y las herramientas digitales en el campo de la enseñanza.

Scott S. Robinson deja en claro que la “[...] reconfiguración de las redes de

comunicación afecta también a las tradicionales redes de poder y los mecanismos para la reproducción de los grupos que ejercen este poder en las sociedades contemporáneas” (p. 355). Pone en evidencia la ausencia por parte de las autoridades, particularmente en el periodo de Vicente Fox (2000-2006), de una política de inclusión digital diseñada y comprometida con la sociedad a la que se quiere incluir en el mundo de la informática y la comunicación. El caso que se estudia es e-México, la política de Estado que por su diseño y resultados, se afirma, acrecentó la brecha digital, pues el gobierno de Vicente Fox intentó operar un programa de conectividad en lugar de facilitar que surgiera de la misma sociedad.

En este orden de ideas María de la Paz Silva problematiza el papel de las organizaciones civiles en la construcción de la sociedad de conocimiento. Se reconocen los principales asuntos que deben atenderse, todo ello para ayudar a estructurar, o por lo menos entender, el camino que se debe seguir para consolidar la emergencia de la sociedad de la información.

El programa Enciclomedia y las dificultades para su efectividad en la inclusión de la vida escolar, y sobre todo como punta de lanza para la formación de una rica cultura digital, es lo que se expone en el último de los trabajos por parte de Diana Sagástegui Rodríguez. Nuevamente la observación directa de la población de estudio: buscar la interacción directa de los alumnos y profesores con los programas de cómputo resultó revelador para entender mejor lo que pasa realmente con la adopción

de nuevas prácticas en el campo digital y del conocimiento.

Como se mencionó arriba, lo digital es prácticamente inherente al mundo de los niños y jóvenes. Pero como señalan los tres autores que abordan esta problemática, el gobierno no abona para un encuentro fructífero entre el individuo y las nuevas tecnologías, sino que el escenario es más bien complejo y lleno de retos.

En síntesis, el libro retoma una serie de temas que tienen una pertinencia social y política indiscutible. Constituye un mosaico de objetos de estudio que integra los retos que tienen que afrontar la antropología y las ciencias sociales en general, pues se tienen que revisar y generar nuevas explicaciones para estos fenómenos.

Enrique Marroquín, *El conflicto religioso. Oaxaca, 1976-1992*, México, UNAM/UABJO, 2007.

JORGE ALONSO*

El libro abre con un prólogo de Jorge Hernández, quien comparte su propia lectura del texto, y alaba la excelente combinación que hace el autor de su ser sacerdote y antropólogo. Por mi parte presento el resultado de otra lectura, que se suma a las muchas que se han realizado sobre este

complicado rompecabezas por la gran cantidad de piezas que lo integran. La ventaja es que el libro está muy bien armado y cuenta con un sólido aparato analítico. Abundan las descripciones sugerentes y los análisis rigurosos y deslumbrantes. Es un buen modelo de cómo culminar exitosamente una larga y acuciosa investigación doctoral.

Hay una retadora teorización desde el medio indígena oaxaqueño. El autor se inscribe en la nueva dinámica de búsqueda sin quedarse encarcelado por las perspectivas euro-estadounidenses, que desdeñan las importantes aportaciones surgidas desde las realidades de América Latina. El libro nos conduce por los estrujantes cambios que experimentan las comunidades indígenas expuestas a las grandes transformaciones económicas, sociales y culturales. Además de su propia dinámica, estos choques –que han ido produciendo tanto dominaciones de todo tipo como defensivas realidades hibridizadas frente al etnocidio que implica el embate contra pautas culturales tradicionales– mantienen la centralidad de lo religioso. Aunque los indígenas parecieran vencidos, son capaces de reproducir múltiples resistencias. Los pueblos indígenas se ven en la necesidad de aceptar ciertas pautas, pero las readaptan. Desde abajo se va fraguando un movimiento indio que recrea su identidad y reclama su propio lugar en el mundo. Este movimiento no cae en la trampa de las falsas aceptaciones de lo superficial de su cultura como elemento turístico, cuando se le imponen sometimientos a una depredadora –de hombres y de la naturaleza– estructu-

* Doctor en Antropología social, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) [jalonso@ciesas.edu.mx].

ra económica. Van apareciendo comunidades que reclaman la participación pero manteniendo su diferencia ante la cual exigen respeto.

Todo esto lleva al autor a revisar con otros ojos la teoría del conflicto. Destaca que toda conflictividad tiene condicionamientos próximos y remotos. Propone detectar la anticrisis examinando las diferencias en cuanto a expectativas, fines y medios. En el libro hay un ejercicio continuo de análisis de una gran cantidad de crisis. Hay mucho cuidado en diferenciar y saber implicar lo exógeno y lo endógeno, los momentos de destrucción y los de reestructuración. El investigador va dando cuenta de las diferentes formas de resolver los conflictos. Teoría y datos problematizados le facilitan la propuesta de modelos y momentos en el estudio de los conflictos –anticrisis, precrisis, ruptura, crisis, nudo crítico, acción reparadora, reintegración, solución, etcétera–. Hay diacronía y cortes sincrónicos. Le hubiera enriquecido a este modelo la perspectiva de Prigogine de la bifurcación: en los momentos críticos se abren varias posibilidades que son definidas por los actores.

Se discute el modelo y se aplica con rigor académico y con habilidad innovadora. Los escenarios son múltiples. Puede haber dos actores que llevan a la polarización por la oposición antagónica de mutua exclusión. Cuando intervienen más actores son múltiples las combinaciones. El investigador escudriña los motivos por los que los actores se involucran en los conflictos, sus objetivos y sus estrategias. En este mapa distingue los aliados y los oponen-

tes. Con una amplia revisión de autores Marroquín fue capaz de construir su propio marco teórico y de ofrecer un conjunto de útiles precisiones metodológicas.

La investigación, centrada en el lapso en que fue obispo en Oaxaca don Bartolomé Carrasco (1976-1993), para que se entienda bien este periodo, tiene que hacer muchos recorridos históricos y va un poco más lejos del recorte temporal anunciado.

El autor no puede menos que detectar la existencia de diversas formas de conflicto religioso ocasionadas por la confrontación desde abajo contra la dinámica capitalista predominante del neoliberalismo. Plantea que la descomposición de la comunidad tradicional y la conflictividad religiosa son dos procesos que están imbricados. No deja de lado un elemento clave que juega en todo esto: la migración.

El estudio tuvo que ir distinguiendo los conflictos entre cosmovisiones diversas (con el antagonismo que conllevan estos universos simbólicos donde cada uno reclama la verdad sobre el error del contrario). En esta perspectiva se sitúan las confrontaciones de las diferentes iglesias frente a las religiones sincréticas indígenas. El autor también se adentra en los conflictos que se suscitan dentro de una misma confesión religiosa y que tiene que ver con diversos modos de vivir una misma confesión. Se adentra además en las tensiones entre agentes que se disputan espacios y funciones dentro del campo religioso. Aquí se confrontan las lógicas proféticas, sacerdotales y mágicas. Finalmente, el libro también trata con-

flictos que aparentemente se encuentran fuera del campo religioso y que parecerían pertenecer al político, pero donde se confunden fronteras porque los políticos se interesan por lo religioso debido a la legitimación que les puede aportar.

En el primer gran apartado, sobre los conflictos entre cosmovisiones, las pugnas no son por conseguir modificaciones al interior de la iglesia predominante, sino por una nueva visión del mundo, por el cambio de un sistema religioso por otro. El libro tiene que remontarse a diversos momentos en que los indígenas oaxaqueños se confrontaron con la religión impuesta por el sistema colonial ibérico. Para ejemplificar esto la investigación indaga tres casos que implican el pasado y el presente. El primero tiene que ver con el intento del obispo coadjutor, quien trató de aprovechar las celebraciones de los 500 años de la primera evangelización y se propuso renovar la promoción de la causa de canonización de dos indígenas zapotecos, que al cerrar el siglo XVII denunciaron que en su comunidad se haría un acto de idolatría. El autor escudriña detenidamente el conflicto de entonces y el que surgió en los años noventa. Resumiendo, podemos decir que en 1700, debido a esta denuncia, las autoridades recogieron las ofrendas que iban a hacer grupos indígenas de acuerdo con sus tradiciones. Esto provocó el descontento de los pueblos, los cuales se levantaron y exigieron la devolución de sus ofrendas, así como la entrega de los delatores, a los cuales ejecutaron. Vino después la represión colonial. Al aplicar con rigor el modelo teórico ana-

lítico al caso, se constata que el cristianismo fue una religión impuesta desde el poder. El libro destaca cómo en la celebración de las fiestas patronales los indios practican sus propios rituales en forma clandestina. El autor hace ver cómo detrás de cada actuación pastoral hay una teología determinada. La que se empleaba –y sigue predominando– es una teología solapadora de la dominación. En el caso presentado se manifiesta cómo al enfrentarse dos universos simbólicos sobreviene un gran conflicto: los que para unos eran mártires, para otros eran renegados. Lo importante de este caso es que devela que en la actualidad cuando un obispo aduce promover la exaltación de indígenas –a los que se pretende canonizar–, en realidad lo que hace es denigrar a los indígenas que defendían ante el poder colonial sus prácticas religiosas.

El segundo caso del primer bloque versa sobre los desfanatizadores de Ixtlán. El autor nos lleva al año de 1987, al II encuentro de comunidades de base que concluye con una procesión que se topó con un plantón de maestros, a los cuales los participantes en la procesión manifestaron su apoyo. A raíz de este contacto, que implica un profundo cambio, se nos recuerda que en la época cardenista había maestros que se propusieron desfanatizar a alumnos y padres de familia. En Ixtlán un grupo de padres de familia se opuso a esos intentos y lograron que el maestro fuera removido. En los años ochenta la lucha democratizadora magisterial tuvo el apoyo de cristianos. El tercer caso trata sobre los disidentes evangélicos en una ranhería, a la que un migrante que re-

gresaba de Estados Unidos llevó la filiación pentecostal y consiguió adeptos. Los conversos no quisieron cumplir con el tequio, se negaron a colaborar tanto en lo relativo a la fiesta de La Candelaria como en la organización escolar. La comunidad consideró todo eso muy grave y los acusó de romper la unidad, por lo cual detuvo y multó a personas del grupo protestante. Los evangélicos se defendieron con resistencia pasiva y por medios legales. A raíz de este caso ejemplar el autor da cuenta de cómo ha ido creciendo el protestantismo en Oaxaca, y con esto se han incrementado los conflictos. El libro es muy cuidadoso en la descripción de los casos y en su análisis. No cae en explicaciones fáciles y profundiza en el conjunto de transformaciones que están experimentando las comunidades indígenas. Entre los muchos elementos que se tienen en cuenta, hay algunos que destacan. Tal es el caso del papel que ha jugado la escuela para castellanizar y para ir demoliendo antiguas concepciones. Otro tiene que ver con el abandono del traje autóctono. La migración ha sido fundamental para los cambios. Se destaca cómo se ha ido monetarizando la economía indígena, cómo se ha ido perdiendo el trueque y cómo el neoliberalismo ha aumentado la pobreza. El análisis obliga a otras revisiones históricas. A mediados del siglo xx la organización de las fiestas sufrió cambios debido a que las mayordomías resultaban muy gravosas para la mayoría. Se optó por sustituirlas con la cooperación de los vecinos. El clientelismo político fue erosionando viejas costumbres e instituyendo otras maneras de proceder

que se hicieron propias. La estructura partidista desestabilizó el escalafón tradicional, el tequio fue elevado a categoría constitucional para conseguir mano de obra gratuita con el fin de que las obras diseñadas desde el exterior se abarataran. La hipótesis de que la crisis de las comunidades tradicionales incide en los conflictos la va corroborando el autor al explorar la distribución de los mismos. Se echa mano de muchas estadísticas, gráficas y mapas para visualizar todo lo anterior. Abundan los conflictos donde la economía ya no es de subsistencia, sino de infrasubsistencia. Al indagar las fechas de los conflictos, el autor encuentra que se intensificaron en la década de 1970 y que se dispararon en la mitad de la siguiente década. Esto se debe conectar con la implantación de las políticas neoliberales. Como el estudio huye de las simplificaciones y aborda la complejidad con visiones correspondientes, se hace ver que el desplazamiento del maíz por el café tiene implicaciones económicas y consecuencias culturales. El estudio es muy sólido al examinar la base económica, pero no queda atrapado en el economicismo. Las fiestas tradicionales se encuentran íntimamente ligadas al maíz, mientras el café tiene otros tiempos. El declive del maíz coincide con el debilitamiento del sistema de santos y el aumento de las conversiones a otras confesiones distintas de la católica. La oferta religiosa se diversifica mientras la comunidad va dejando de garantizar la supervivencia de sus integrantes. Las diferencias religiosas inciden en que los católicos cobren conciencia de su preferencia confesional.

La segunda parte del libro aborda las religiosidades en conflicto. Se incursiona en los conflictos que se dan en sociedades complejas que comparten una misma religión mayoritaria. Así se exploran las contradicciones en el seno de la Iglesia católica. Hay quienes afianzan el reconocimiento de la jerarquía oficial, y quienes pretenden cambios del mismo sistema eclesial. En este tramo se incursiona en los efectos disruptores de la tradición. Otro de los casos elegidos para profundizar en esta línea corresponde al de un sacerdote que a inicios de los años setenta intentó cambiar las mayordomías por comisiones más participativas. Grupos como los de músicos y coheteros se sintieron afectados, y propiciaron la organización de los barrios en contra de los tintes modernizadores. Los inconformes recibieron el apoyo de un sacerdote tradicionalista. Otra confrontación elegida para su descripción y análisis fue el caso de una población donde unos sacerdotes combonianos removieron imágenes. Vino la reacción de la gente apoyada por lefebvristas. Hay otros casos de estos tradicionalistas opuestos a los cambios del Concilio Vaticano II. Aun cuando los conflictos se escenifican en la disputa por el control de templos, la gama de los conflictos es muy grande. Se siguen las pistas de sacerdotes que encabezan grupos donde la fuerza principal proviene de familias adineradas y de afiliación priísta. O el del poblado donde los fieles aseguran que su santo patrono defiende su templo de la incursión del obispo Lefebvre, que andaba de visita en México. Se detectaron fuertes oposiciones entre modernizadores

y tradicionalistas. Como en las luchas, se toman y se pierden plazas, pero en todos los casos el tiempo es un importante factor de desgaste.

Otra mirada se dirige al examen que se realiza de la pastoral indígena impulsada por la región pastoral del Pacífico Sur. Hubo una apertura a agentes laicos. Esta pastoral, que trataba de beneficiar a los más pobres, tuvo como efecto colateral el que sectores altos y medios de la población se sintieran desplazados de la antigua atención que acaparaban. En esta contradicción interviene el delegado apostólico, que impulsó desde la jerarquía la restauración conservadora. Se trata también de la contradicción que emergió entre sacerdotes y laicos impulsores de la teología de la liberación, por una parte, y los neoconservadores por otra. Tal vez hubiera sido conveniente ampliar más la mirada, y llegar al mismo Vaticano (a Juan Pablo II y a Ratzinger), para entender el manejo eclesial en contra de dicha teología.

La rica y multifacética investigación profundizó en el concepto mismo de religiosidad apoyada en una encuesta levantada en 1990. Se descubre que en el campo religioso oaxaqueño coexisten siete orientaciones religiosas. Tres corresponden a sistemas religiosos completos (catolicismo sincrético cultural, cristianismo evangélico, secularismo), y las otras cuatro orientaciones corresponden a variaciones dentro del mismo catolicismo. Se hila fino en el proceso de definición de las tipologías. En esta forma el modelo sincrético indígena se presenta centrado en la dicotomía entre lo sagrado y lo profano,

apoyado en el sistema de santos. Está impregnado de pensamiento mágico. Contra lo que cabría esperar, se encontró que había expresiones de esto incluso en el núcleo metropolitano y sobrevivía hasta en ambientes universitarios. Se ubicaron las expresiones religiosas tradicionalistas y las progresistas. Pensamiento, orientación moral y prácticas daban cuerpo a cada una de estas orientaciones.

La tercera parte del libro hurga aún más en el campo religioso y en sus agentes. El autor postula que los sistemas religiosos y las religiosidades necesitan agentes que disputen entre sí cuotas de control de clientelas. Con esta nueva perspectiva se analizan los conflictos dentro del campo religioso. Se apoya en la conceptualización de los tipos ideales para tratar de entender a tres protagonistas clave: el sacerdote, el profeta y el mago. Todo esto ayuda para escudriñar otros casos. Se tratan incidentes de pleitos, con muertos y heridos, entre católicos y protestantes; entre ricos y pobres; entre curas que apoyan causas populares y toda clase de poderosos locales, incluidos curas que cumplen el papel de caciques. En estos conflictos se va calibrando la ausencia o presencia activa de autoridades políticas inmiscuidas en asuntos religiosos. Las expresiones religiosas que se investigan son muy variadas, y todas se analizan cuidadosamente. No se desdeñan los casos de videntes que proclaman apariciones celestiales. Casos de nagualismo y de brujería también son tratados. Para apuntalar las limitaciones de los tipos ideales el autor recurre al andamiaje teórico de Bour-

dieu y echa mano del interaccionismo simbólico para realizar las disecciones analíticas. Muestra cómo varios agentes religiosos compiten por clientelas. Calibra conflictos según el número de actores, y descubre las fases de los conflictos. Existen muchas combinaciones de los conflictos según los enfrentamientos de quienes los comandan. Hay contradicciones que tienen expresiones en las tipologías elegidas, pero también aparece como un tercer actor lo laical. Se hace un seguimiento de las estrategias. Un mérito del libro es que el lector dispone de una buena cantidad de diagramas que apoyan la explicación de los casos.

La cuarta parte del libro reseña conflictos que surgen entre sistemas religiosos o al interior del sistema religioso, tanto entre religiosidades como entre agentes diversos. Se tratan también los conflictos que están fuera de la institución religiosa pero que la imbrican de alguna manera. Hay puntos de contacto, y existen conflictos sociopolíticos recubiertos de ropaje religioso. El libro realiza un rico análisis político de las elecciones municipales de 1989, y ubica la declaración del obispo Carrasco contra las irregularidades y los fraudes. El conflicto entre una izquierda lugareña y el priísmo es analizado en el caso juchiteco. En todo el territorio oaxaqueño va viendo las diversas tendencias de apoyo electoral de los diversos obispos. Hay un seguimiento muy preciso de los casos sociopolíticos dando cuenta de actores, acciones, tendencias políticas y consecuencias. Se devela la discursividad política de lo sacro y la sacralización de lo político. El libro

contiene una gran riqueza antropológica en la manera en que estudia todos los casos. De muchas formas se explica cómo en situaciones de convulsión política en sociedades tradicionales irrumpe la dimensión religiosa para la movilización social. La religión proporciona a sociedades homogeneizadas un universo simbólicamente compartido. En sociedades disimétricas el universo simbólico aporta un sistema de justificaciones, y los intereses religiosos se acomodan a los temporales. La religión es utilizada para absolutizar lo relativo y para legitimar lo arbitrario. Es usada para legitimar un orden jerarquizado. Pero también puede contribuir a la producción de identidades opositoras y liberadoras. Se usa lo religioso para apuntalar encontradas preferencias políticas.

La investigación demuestra cómo la religión puede cumplir gran diversidad de fines: desde reforzar la dominación hasta servir para cambios profundos. El autor hace uso magistral de un conjunto de herramientas analíticas para hacer entender las imbricaciones de los diversos campos, y logra que el lector se libere de visiones deterministas o unilaterales de la religión.

Un hábil antropólogo, conocedor en la teoría y en la práctica de todas las vertientes del campo religioso, apoyado en un largo y minucioso trabajo de campo, logró presentar y descifrar una constelación de conflictos, e hizo entender cómo la religión es un espacio donde una sociedad conflictiva se expresa. Hubo un exitoso esfuerzo por presentar los contextos socioculturales condicionantes. Indagó no sólo los conflictos co-

mo se expresan en las comunidades, sino la conflictiva relación entre lo tradicional y lo moderno. Hizo ver cómo la religión en las culturas indígenas tradicionales proporciona un universo simbólico por el que la colectividad se integra al mundo. Sin caer en los esquematismos que llevan a ver al indígena exclusivamente apegado al mundo religioso, se dan elementos para atisbar cómo lo religioso anima la cotidianidad. Se recuerda cómo los mitos son fuente profunda de la memoria colectiva, y cómo el ritual expresa los lazos colectivos. Con la secularización lo sagrado se retira de muchos ámbitos de la vida social y se concentra en una esfera propia, con lo cual deja de encubrir conflictos de otros sistemas; pero quedan todavía muchas traslapes.

El libro permite entender cómo la conflictividad principal de los indígenas oaxaqueños es un largo proceso de encuentro con la modernidad. Los sectores tradicionalistas repiten la estrategia de la marginación, lo que es aprovechado por los caciques. Se resiste aún con violencia la innovación. El proyecto modernizador implicó cambio de caciques para controlar disidentes. Un elemento importante aportado por este libro es que visualiza cómo los nuevos profesionales indios son portadores de un proyecto modernizador desde su propia cultura que permite vinculaciones con otros actores progresistas. Todos estos elementos no dejan de tener expresiones en lo religioso. El proyecto autónomo de acceso a otra modernidad es impulsado por agentes de la pastoral liberacionista. Hay en el texto una aguda clarificación de cómo algunos con-

fluctos surgidos entre el sector moderno y el tradicional se deben a la diversa valoración de las formas simbólicas propias y ajenas. Una recapitulación de esta constelación de conflictos permite concluir que pese a que la mayoría se resolvieron sin una ruptura mayúscula y que hubo negociaciones que, al no dejar conformes a ninguno de los participantes, incuban conflictos futuros. El libro no quiere terminar cerrando. Las soluciones y los procesos no son definitivos.

El autor trató magistralmente el cúmulo de conflictos. Al cerrar el libro los lectores podrán problematizar la religión, entenderla en su gran complejidad, comprender la diversidad de las comunidades oaxaqueñas, ubicar las tendencias de los actores religiosos, visualizar los problemas económicos, culturales y políticos y hasta electorales de un buen tramo de la historia oaxaqueña. El autor proporcionó un sólido cordel de varios hilos que permite a los lectores no perderse en un intrincado laberinto. El libro ofrece un amplio panorama teórico y una forma plausible de realizar investigaciones. Por medio de una escritura muy bien elaborada, se responden muchas preguntas, y suscita la formulación de nuevas interrogantes. Los lectores acceden al manejo de un instrumental muy potente para entender y tratar el conflicto. Cuando uno termina de leer este libro, hay una gratificante sensación de gozo de la lectura y de importante aprendizaje, y no se puede menos que recomendar a otros su lectura.

Judith Adler Hellman, *The World of Mexican Migrants. The Rock and the Hard Place*, Nueva York, The New Press, 2008, 256 pp.

LILIANA RIVERA SÁNCHEZ*

El mundo de los migrantes mexicanos se inscribe en la literatura de los estudios contemporáneos sobre la migración entre México y Estados Unidos. Aborda, en la voz de los actores, la experiencia y las historias de los inmigrantes mexicanos en diversas ciudades de Estados Unidos. Judith Adler Hellman, además de recuperar fielmente los testimonios de quienes vivieron la experiencia como inmigrantes en aquel país y de quienes tomaron la decisión de regresar a radicar en México, reelabora, con un lente etnográfico, su paso por los lugares y su encuentro con las personas. Para ello la autora sigue el itinerario de la migración entre México y Estados Unidos, y realiza varias visitas para contar su historia y recoger testimonios a través de entrevistas con migrantes activos y con los retornados y sus familiares en diversos puntos de ambos países. Recorre tanto los estados tradicionales de la migración mexicana –Zacatecas y Jalisco–, como los de migración relativamente reciente y/o emergente: Puebla, Veracruz y Morelos. En *el otro lado* pasa por los estados de California, Nueva Jersey, Nueva York y Arizona.

*Doctora en Sociología, investigadora del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la Universidad Nacional Autónoma de México [rivesanl@yahoo.com.mx].

La autora realiza un largo trabajo de investigación durante más de cinco años para organizar etnográficamente sus hallazgos y seleccionar los testimonios que hablarán por los migrantes, no con el objetivo final de victimizarlos, ni para hacer extensiva la experiencia de ser un inmigrante mexicano o de haber vivido la experiencia como tal a cualquier otro inmigrante indocumentado, sino para recuperar lo particularmente significativo de la vida en los dos lados, así como lo socialmente compartido de la experiencia de sus vidas itinerantes.

El libro se organiza en cuatro partes principales. La primera, titulada *The Rock*, presenta la historia de los actores involucrados en la experiencia de la migración, pero también de los hombres y las mujeres que narran las historias de quienes ya se fueron, de cómo esas ausencias imprimen una marca en el transcurrir de pueblos y ciudades localizados en parajes remotos; o bien en pueblos que, paradójicamente, hoy “existen” debido a que algunos de sus habitantes, o buena parte de ellos, se han ido. Las localidades de origen se transforman en pueblos “fantasmas” y otros más perviven gracias a la transferencia de remesas desde el norte.

The Rock contiene las historias de Beto, Marta y Dolores, quienes viven en localidades de Puebla y Veracruz; ellos no han emigrado, pero viven cotidianamente las consecuencias de tener al menos un familiar en Estados Unidos. Beto, uno de los pocos hombres que no ha experimentado la migración internacional, en un pueblo donde casi todos se han ido y venido al menos una vez en su vida, refleja sin duda una mi-

rada particular sobre lo que significa un pueblo migrante. Mientras Marta, quien vive bajo el yugo de su suegra al compartir la casa y los compromisos familiares con los padres de su marido ausente, presenta un rostro distinto: su destino ha sido marcado por la ausencia del esposo en una sociedad donde la mujer debe quedar bajo la supervisión de la familia paterna. Y finalmente la historia de Dolores, una mujer que reflexiona cotidianamente sobre los efectos que ha tenido la ausencia del padre sobre su familia. Todos ellos son parte de los personajes que Judith Adler presenta como iconos de lo que significa *estar aquí*, pero pensar y estar involucrado constantemente en *el allá*, finalmente vivir las consecuencias de la experiencia migratoria directa o indirectamente.

En este escenario aparecen también las historias que se tejen en El Nopal Verde, un pueblo en Zacatecas, y San Rafael, estado de Puebla, las cuales permiten a la autora presentar los diferentes rostros de los efectos de la migración internacional sobre los pueblos de origen en México. Por un lado se trata de dos localidades que experimentan el despoblamiento, dado que más de la mitad de sus habitantes se encuentra en Estados Unidos. Pero por otro, en términos de la dinámica local y organizativa viven realidades diferentes. En Nopal Verde el sentimiento de abandono de los habitantes ante la ausencia de sus familiares migrantes los hace vivir del recuerdo y de las historias de los que ahora no están. Mientras en San Rafael, la vivacidad de la vida pueblerina busca su expresión en

la asociación de migrantes para hacer más llevadera la carga cotidiana y las obras “comunitarias”. Al final la autora recrea con diversos personajes el rostro humano de la migración en los pueblos de origen y discute, a través de ellos y sus testimonios, las causas primarias de la salida hacia Estados Unidos, problematizando la racionalidad económica y las lógicas culturales que generan las movilidades humanas, pero sobre todo los efectos sociales de la migración internacional.

En la segunda parte, titulada *The Journey*, se recrean siete historias que ilustran el recorrido de los inmigrantes, desde la salida de sus localidades de origen hasta su destino en Estados Unidos. Las historias de Tomás, Elena, Fernando, Daniel, Shanti, Ángel, y las entrevistas realizadas a funcionarios en el Consulado en Tucson, dan pauta para entender cómo se vive el trayecto de un inmigrante en la frontera, en su experiencia de ida, cruce y retorno. En este apartado se ilustra de singular forma cómo la frontera nacional funciona como un eje organizador de la vida de las personas involucradas en el viaje entre México y Estados Unidos, logrando interpelar no sólo a los inmigrantes, sino también a quienes administran un consulado y a quienes se encuentran cotidianamente con los inmigrantes mexicanos en el cruce, a través de los ranchos de la frontera con México. Este segundo apartado permite abrir una tercera sección, titulada *The Hard Place*, que representa una de las partes centrales del libro, donde se intersecan las historias sobre la vida laboral y social de los inmigrantes en Estados

Unidos, sus experiencias de cruce en la frontera, los sueños y equipajes que llevan consigo. No obstante que se trata de una sección con sólo tres historias: la de Carlos, Sara y Manuel, se muestra la diversidad de experiencias, pues no se trata solamente de historias de vida de los entrevistados, sino sobre todo de aquéllos con quienes el que relata la historia va teniendo contacto en su travesía hacia y en Estados Unidos. En efecto, se vislumbra como una maraña de redes, nombres, contactos, lugares, figuras, palabras y formas de expresar la hazaña de haber llegado, mas no se sabe si el llamado lugar de destino es tal, o simplemente una estación de la vida migratoria. Los destinos se vuelven lugares de paso, y muchas veces nuevos lugares de salida para continuar en otra parte.

En esta tercera sección del libro destacan las historias de Carlos, quien ingresa a Estados Unidos con una visa de estudiante, y en su vida se encuentra con los más diversos personajes que lo acompañan y lo interpelan en su estancia en Nueva York. La historia recrea los conflictos a partir de los estereotipos y la discriminación que se generan a partir de tomar en cuenta, como un eje organizador y clasificador de las relaciones sociales, las características físicas y raciales de las personas. La autora enfatiza el hecho de que Carlos, siendo un joven con una estatura mucho mayor que el promedio de los mexicanos conocidos y estereotipados en Nueva York, encuentra una recepción distinta en el mercado de trabajo, e incluso una percepción diferente entre sus propios compañeros trabajadores.

Luego está la historia de Sara, quien con especial vivacidad cuenta cómo solamente diez palabras en inglés son las que ha aprendido y con las que ha sobrevivido por más de diez años en Los Ángeles. Ella relata su sueño de retornar justo a San Rafael, en México, y cómo antes de salir de ese mismo lugar albergaba también un sueño recurrente, el de viajar al norte. Aun cuando el texto sobre la historia de Sara es breve, contiene elementos significativos que nos permiten visualizar el itinerario de ida y de vuelta, al menos los planes de retornar, la experiencia del cruce y el coyote, pero también la historia de una migrante que emprendió un negocio ambulante en Los Ángeles y se inició como comerciante, no obstante su falta de instrucción en inglés. La acompañan en esa aventura Pablo y otras mujeres que, como ella, ponen en juego sus habilidades culinarias para insertarse en el mercado de trabajo y abrir un espacio propio, donde al menos la presencia del patrón no sea un personaje de su historia laboral.

Finalmente, la historia de Francisco, subtitulada como *The Hardest Place*, es la de un joven *esquinero* que se gana la vida en Staten Island, Nueva York, y a partir de este relato la autora reconstruye la historia de los trabajadores de la construcción en el área de Nueva York, quienes son pagados por jornal y sufren el abuso laboral ejercido por quienes los contratan. Para mostrar la complejidad de las historias y las condiciones de vida de los trabajadores jornaleros, Judith Adler Hellman recurre a introducir, paralelamente a la historia de Francisco, las vivencias

de otros hombres que trabajan también como *esquineros* y que han sido defraudados por sus contratistas. La historia de Gilberto y su conversación con Joe, un abogado en asuntos laborales de la Asociación Tepeyac de Nueva York, ilustran las peripecias de los inmigrantes y la batalla legal para recuperar los salarios devengados. En el mismo relato aparecen recreadas las ríspidas relaciones que los inmigrantes mexicanos en Nueva York establecen con otros latinos, particularmente con dominicanos y portorriqueños, las fronteras entre los grupos nacionales y las pugnas que se hacen evidentes en espacios como las iglesias y las esquinas en el alto Manhattan. Todos estos temas cruzan una misma historia de vida y tornan muy compleja la experiencia migratoria en la Gran Manzana.

El último apartado, *To Stay or to Return Home* se recrea a partir de tres historias, las de Julio, Manuel y Patricia, a través de las cuales la autora aborda el dilema que enfrentan los inmigrantes una vez que se encuentran en el llamado lugar de destino: entre permanecer en Estados Unidos o bien regresar a México, particularmente regresar a sus pueblos de origen. Las comparaciones que estos personajes establecen entre el allá y el acá permiten poner en la balanza lo que significa para ellos, como inmigrantes indocumentados, vivir en Los Ángeles o en Nueva York, frente a lo que valoran (positiva y/o negativamente) de la vida en un pueblo de la Mixteca o en Atlixco, Puebla. La decisión de Julio de retornar a Puebla parece una aventura casi fantástica, por la forma in-

tempestiva en que tomó la decisión de retornar y no volver más a Estados Unidos.

Finalmente, en el apartado relativo a las conclusiones y la nota metodológica, la autora subraya la relevancia de las formas en las que realizó las entrevistas, las particularidades de los lugares visitados y las principales preguntas de investigación que guiaron su recorrido. Asimismo, reconstruye los contextos, a la vez que los debates contemporáneos sobre la política migratoria entre México y Estados Unidos, fundamentalmente después del 11 de septiembre de 2001; además, en varios de sus relatos, pero también en sus conclusiones, da cuenta de las condiciones socioeconómicas de los inmigrantes y sus familias, las cuales sin duda tornean su trabajo de investigación y las historias narradas por sus personajes.

El libro de Judith Adler Hellman contiene un invaluable material etnográfico proveniente de sus diarios de campo, además de los testimonios y narrativas contenidos en las entrevistas en profundidad realizadas durante más de cinco años en ambos países. A través de sus historias busca recuperar la voz de los inmigrantes y sus familias, para mostrar el rostro humano de la migración mexicana a Estados Unidos. La narrativa se enriquece con los constantes encuentros —relatados por la autora— que tuvieron lugar mientras se realizaban las entrevistas con sus actores principales; estas intersecciones con otros personajes permiten vislumbrar, a lo largo del libro, algunas de las características del contexto y las condiciones

en que ocurrieron los encuentros y se tejieron los testimonios.

The World of Mexican Migrants... es un libro ameno, de fácil lectura y con una gran vivacidad en sus reflexiones y comentarios. Con esta breve reseña sólo se pretenden trazar algunas pinceladas de los pasajes contenidos en la obra y delinear algunos aportes, pues sin duda es un libro que merece ser leído. La invitación para aventurarse en su lectura queda abierta. Sin duda, el lector encontrará a lo largo de sus páginas *the rock and the hard place* en el mundo de los migrantes mexicanos, como sugiere el subtítulo de la obra.

Turid Hagene, *Amor y trabajo. Historias y memorias de una cooperativa y sus mujeres, Nicaragua, 1983-2000*, México, Plaza y Valdés, 2008.

J. JESÚS MARÍA SERNA MORENO*

Este libro se ubica entre aquellos que han sido escritos desde una perspectiva de género. Y es justo en ese aspecto en el que encontramos las contribuciones más relevantes, entre otras también dignas de mencionarse. Así, por ejemplo, la autora señala que en la literatura de género se ha abordado muy poco el aspecto emocional de las experiencias de vida y ella, al llevar a cabo su investigación, encontró que “el amor y las experiencias emociona-

*Doctor en Estudios Latinoamericanos, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, UNAM [sernam@servidor.unam.mx].

les relacionadas constituían una parte esencial de los temas que debería estudiar”. De esta manera se produce la necesidad de desarrollar un nuevo campo de investigación, el cual correspondería a los estudios sobre el amor.

El trabajo de investigación para la elaboración de esta obra se realizó en Nicaragua durante un periodo que va de 1983 a 2000. En él se narra la experiencia de un grupo de mujeres que fundan una cooperativa y trabajan en ella hasta que dicha cooperativa desaparece, después de haber pasado por diferentes formas de existencia institucional. Al principio se constituye como una cooperativa-maquiladora patrocinada por el Estado. En la segunda etapa, durante lo que se ha conocido como política neoliberal sandinista, se convierte en una cooperativa-maquiladora patrocinada por una organización noruega de ayuda popular. Por otra parte, durante los años de la presidencia de Violeta Chamorro funcionó como empresa de exportación. Posterior a esto, y durante más de un año en que atravesaban por una situación muy crítica y en la cual no recibieron ningún tipo de apoyo exterior, la cooperativa continuó existiendo a pesar de todo, hasta que comenzaron hacer maquilado para un negociante tejano; por último, terminaron como trabajadoras a destajo en el taller del mismo tejano, pero ahora contratadas esporádicamente.

Por lo que hace al contexto en que fue elaborado el estudio, Turid Hagene nos habla de una Nicaragua donde las relaciones de género se caracterizaban por una serie de rasgos como el culto a la maternidad; la preparación

de la mujer como cabeza de familia; el culto a la agresividad masculina (machismo), y la violencia generada contra mujeres, niñas y niños. Por otra parte, los mundos de vida religiosos de la población y la experiencia revolucionaria atraviesan y dan forma a estas características. Por eso, en la medida en que la poligamia está bastante extendida en Nicaragua, una de las principales contribuciones del estudio consiste en ofrecer algún entendimiento relativo a la interacción entre las relaciones poligámicas y las mujeres fuertes e independientes, un proceso en el cual la castidad femenina juega también un papel importante. De esta manera, los análisis del amor y sus implicaciones se ven enriquecidos con los relatos de las mujeres cooperativistas sobre este tipo de asuntos, y que en otras condiciones permanecen invisibles.

Dicha contribución consiste más concretamente en cuanto a que el libro ayuda a entender de qué manera la religiosidad de las mujeres nos provee de una idea acerca de cómo se encuentran entre la dependencia y la independencia: muchas de las mujeres combinan una búsqueda de patrones protectores con el ejercicio de prácticas religiosas, independientes de iglesias y sacerdotes, lo que ha sido denominado como religiosidad popular.

Por otra parte, llevar a cabo la religión popular en un contexto católico o evangélico parece ser, en cierta medida, una cuestión de negociación práctica para muchas de las mujeres o sus parientes cercanos. Turid Hagene dilucida cómo la capacidad de actuar y la dependencia clientelista coexistieron

en las negociaciones de las mujeres con Dios, el Estado y sus maridos, es decir, los representantes de los tres poderes fundamentales en el *patronazgo* y el *patriarcado*. De esta manera, las prácticas religiosas resaltan como un territorio fértil para la investigación de las cosmovisiones y los *mundos de vida* de la gente, lo cual constituye, como habíamos dicho, una contribución importante que se hace en este trabajo.

En otro aspecto relevante, después de la pérdida de la cooperativa, Turid Hagene considera que la cancelación del negocio de exportación que habían logrado desarrollar las mujeres cooperativistas pudo haber sido consecuencia de un conflicto de las metas propias de cada una de ellas. Para argumentar esta interpretación, la autora recurre a una compleja metodología que nos acerca a la vida personal de diez trabajadoras de la fábrica de costura “La Esperanza”, a quienes presenta en su vida laboral plena de dificultades y en medio de la guerra y la *revolución* social. Se trata tanto de una perspectiva que parte del estudio de los sujetos como de un enfoque a nivel de la sociedad, a partir de una aproximación hermenéutica muy singular. Se trata, además, de una metodología combinada de enfoques diacrónicos y sincrónicos, y para ello se vale de los relatos de vida, es decir, la historia que la propia persona narra acerca de su vida, extraída con frecuencia a partir de entrevistas.

Para ello Hagene se hace las siguientes preguntas: “¿Cómo formaron las mujeres su cooperativa y qué consideraban haber logrado con esta experiencia? ¿Cuáles han sido los resultados logra-

dos y cómo explicar los eventos ocurridos?”. Para resolver estas cuestiones parte de una serie de conceptos, uno de ellos resulta fundamental y es retomado de la propuesta de Foster sobre los actos de reciprocidad, es decir, los intercambios en que se ven envueltas las mujeres en su afán de lograr llevar a buen puerto sus aspiraciones personales o de grupo. Para caracterizar este tipo de comportamientos Hagene nos habla de los actos de reciprocidad. Así, tanto el trabajo de Foster como la crítica que suscitó dicho trabajo resultan relevantes para su estudio.

De esta manera puede encontrar explicación el acto de supuesto abandono de la conservación de la cooperativa, al desaparecer la relación de patronazgo que existió en cada una de las distintas fases por las que atravesó la fábrica, según demuestra la autora con una enorme cantidad de datos. En esta lógica, si de repente no hay patrón, entonces el objeto de la reciprocidad desaparece.

Pero al colocarse en la posición de las mujeres, se descubren preguntas más urgentes que las que se hace la investigadora. Estas preguntas están relacionadas más que con la conservación de la cooperativa, con su propia manutención y la de sus familias. Esto es, encontrar y usar oportunidades para sobrevivir y mejorar sus condiciones, tener acceso a los recursos.

De la interacción con las mujeres y el desarrollo de la investigación varios tópicos se abordan en el libro: historia y memoria, identidad, patronazgo y patriarcado, prácticas religiosas, amor y arreglos de vida.

Así, los tópicos sujeto, identidad y memoria muestran su complejidad y, al mismo tiempo, su relevancia en el análisis de Hagene. De esta forma, desde la perspectiva de la investigadora podemos diferenciar la identidad en tres aspectos: autorrepresentación, autopercepción e identidad atribuida. Por su parte, la memoria es esencialmente una construcción del pasado realizada a la luz del presente. Desde esta perspectiva, la cooperativa representaba un grupo social donde la interacción constante podría nutrir ciertos recuerdos y donde eran producidas y reproducidas la memoria colectiva y la identidad. Por otra parte, la memoria es relacional y colectiva, pero a la vez individual, en el sentido de que la gente no evalúa de la misma manera el significado atribuido a la misma pertenencia.

En cuanto a las fuentes, ésta es una investigación producto del trabajo de campo etnográfico: relatos de vida, entrevistas y observación participante, además de utilizar los archivos de las agencias internacionales de ayuda a la cooperativa y el estudio de los documentos que las cooperativistas habían guardado y con la interrelación de las diferentes fuentes surgió el resultado de “historia y memoria”.

Un espacio importante para la comunicación con las mujeres fue una oficina ubicada en la entrada del edificio de la cooperativa, donde se encontraban los documentos. Ahí las iba a visitar. Después de cuatro meses de charla diaria en la oficina de “La Esperanza”, lo que resaltó fue la manera en que el amor era el punto central de sus con-

versaciones los anhelos por, las alegrías hacia, las tristezas por las pérdidas de, los planes para recuperar lo perdido.

Lo más interesante del caso fue que, sin que les hiciera tantas preguntas en torno al amor, este tema se convirtió en un tópico nodal del estudio, gracias a que las mujeres decidieron hacer uso de la privacidad poco común que la oficina les garantizaba, ya que ello iba aparejado a la decisión, por parte de la investigadora, de fluir con lo que surgiese como un planteamiento metodológico básico.

En el libro se dividen los niveles del análisis en dos partes, la primera aborda un nivel de análisis dentro de lo puramente laboral, y la segunda parte hace referencia a la vida personal de las mujeres. Es decir, una historia de la cooperativa en el nivel de la institución, mientras que el segundo nivel se centra en los sujetos, en sus mundos de vida. Esto no quiere decir que ambas esferas se presenten escindidas en la vida de las mujeres, sino que se ven por separado por simple exigencia del método escogido. Las mujeres son vistas en su totalidad como sujetos públicos y privados, que en su vida real ni dividen dichas esferas ni se comportan sólo a partir de lo que la sociedad les proporciona.

Las mujeres no son entes pasivos que reflejan únicamente lo que reciben de la sociedad que las formó, sino sujetos activos que reformulan todo aquello que reciben como grupo y como personas. En ese sentido, el concepto de sujeto al que nos acerca Turid Hagene es el de un sujeto que interpreta, nego-

cia, (re)imagina, protesta e inventa. El sujeto no sólo ha sido formado, también da forma a la sociedad.

Todo ello modifica las visiones superficiales del cambio y la continuidad sociales. Hagene nos muestra que el mundo de vida proyecta una imagen de tensión constante entre el cambio y la estabilidad, de tal suerte que lo que comenzó como reproducción podría muy bien terminar como transformación.

Así, la práctica de la cooperativa fue interpretada por las mujeres de “La Esperanza” mediante las categorías culturales que habían adquirido a través de sus prácticas sociales y religiosas previas. Al mismo tiempo, las prácticas religiosas que parecían contribuir a la reproducción de la estructura social —es decir, a la conservación del *status quo*—, variaban bastante de una mujer a otra, y estas prácticas parecieron constituir una escena de constante exposición al cambio. Sin embargo, las mujeres continuaron con la relación de patronazgo y el clientelismo, inclusive después de pasar de una religión a otra.

En el estudio realizado a nivel del sujeto surge el interés por conocer las experiencias que vive, los significados que le atribuye a sus experiencias, es decir *su mundo de la vida* como diría Edmund Husserl. El mundo de la vida como dominio de la existencia social cotidiana y la actividad práctica junto con sus hábitos, sus crisis, sus peculiaridades biográficas y sus eventos decisivos.

Para penetrar al mundo de la vida nos tenemos que colocar en posición del sujeto, lo cual desde luego resulta imposible de hacer de forma absoluta, pero nos podemos aproximar mediante

las narrativas y los diálogos del sujeto, y con los participantes en su mundo.

En este punto resulta muy iluminador un capítulo en el cual la autora presenta una descripción de las prácticas y los discursos religiosos, y en él sugiere que sus relaciones con Dios, el Santísimo, los santos y las vírgenes representan relaciones de *patronazgo*.

Por ello el concepto de patronazgo es también clave para este estudio. Sin embargo, la relación de las mujeres de la cooperativa con un patrón no sólo se da en la esfera de lo secular dentro del trabajo, sino también en cuanto a sus concepciones religiosas. En el caso de las mujeres de “La Esperanza” la institución del patronazgo parece estar anclada, hasta ahora, en la práctica cotidiana; de esta manera no emerge una diferencia nítida entre los patrones divinos y los terrenales.

Pero, además, tanto *patronazgo* como *patriarcado* tratan sobre relaciones sociales de desigualdad, personalizadas y recíprocas; tanto el patrón como el patriarca suministran recursos y protección a sus clientes subordinados, quienes en correspondencia se subordinan por voluntad propia y demuestran lealtad a su protector. En el caso de las mujeres cooperativistas, el tipo de patriarcado al que más se ajustan en sus relaciones es el que ha sido denominado como patriarcado afrocaribeño, mientras el llamado patriarcado clásico queda ubicado como un ideal a alcanzar en muchos de los casos. De manera más específica, en la investigación queda de manifiesto que la mayoría de las mujeres estudiadas experimentan una especie de patriar-

cado ausentista, en la medida en que por lo general el marido no está presente, pero el esquema patriarcal se conserva intacto. Importante en este sentido resulta el dato de que tanto hombres como mujeres consideraban “el primer principio del patriarcado” como legítimo, pero muchas de las mujeres narraron cómo desafiaron ya sea el rango de las prácticas del privilegio masculino o bien sus manifestaciones concretas.

Por otra parte, llama la atención el hecho de que una paradoja se convirtiera en un punto importante de la investigación. Es decir, que la pregunta sobre por qué cerraron la cooperativa —lo cual parecía obvio que hubiera sido así, ya que casi ninguna había podido sobrevivir por esos años— se volviera de pronto algo sumamente significativo. Esto se debió a que con los documentos de la contabilidad se comprobaba que las mujeres habían podido sobrevivir año y medio sin ayuda, y así surgía inquietante la pregunta: ¿por qué las mujeres dejaron de operar la cooperativa cuando parecía que eran perfectamente capaces de continuar? A partir de ello, Turid Hagene confiesa que fue llegando a la conclusión de que necesitaba tomar en cuenta otros factores para contestar satisfactoriamente esta pregunta. Y fue así como descubrió que necesitaba estudiar sus prácticas religiosas y los significados del *patronazgo*.

Para resumir, quizá valga la pena echar un vistazo a los aspectos más sobresalientes en la forma de estructurar la obra: para los capítulos del 2 al 6 se basa en documentos de los archivos de “La Esperanza”, para elaborar a partir

de ellos la descripción de la historia de la cooperativa y llevar a cabo el análisis a escala de la sociedad y la institución. En los capítulos 2, 3 y 4 se destaca en el análisis la política del Frente Sandinista de Liberación Nacional hacia las cooperativas de la pequeña industria. De ahí surge uno de los tópicos fundamentales: “historia y memoria”. Es interesante en este punto cómo el frente era percibido como una especie de patrón por los miembros de la cooperativa. También se busca aclarar si las políticas neoliberales que provocaron el colapso de la cooperativa en 1988 influenciaron la conducta de los votantes en este sector. Por otra parte, en los capítulos 5 y 6 se busca aclarar la situación de la pequeña industria durante el periodo posterior al sandinismo y la aparición en escena de un nuevo patrón. Esta segunda parte finaliza con la pregunta que mencionábamos anteriormente: ¿por qué ellas pararon la marcha de su cooperativa?

La parte III se centra en el nivel de los sujetos, es decir, el nivel de las mujeres cooperativistas. Aquí se abordan los relatos de vida, las entrevistas y la observación participante. En el capítulo 7 se desarrolla el concepto de *mundo de vida*, se analizan las prácticas religiosas de las mujeres y se explora el concepto de *patronazgo*. Por su parte, los capítulos 8 a 12 procuran aclarar el *mundo de vida* de las mujeres, para lo cual se incluyen cuatro relatos de vida. En el capítulo 13 se describe cómo la dependencia emocional tendía a constituir a los hombres como patronos, surge así la paradoja del patriarca ausente. Por último, en la cuarta parte se

sintetizan los mayores hallazgos de este estudio.

Al narrar la historia de un grupo de mujeres cooperativistas nicaragüenses, *Amor y trabajo* incluye una enorme cantidad de tópicos y temáticas relevantes, desde la perspectiva de género, en cuanto a la aproximación a la religiosidad popular, las relaciones la-

borales y el patronazgo, el patriarcado, el sandinismo y sus políticas en aquella primera etapa que tuvo en sus manos el gobierno, la constitución de los sujetos y la conformación de sus identidades, entre otros más. Así, el amor y el trabajo pueden mostrar mejor toda la riqueza que Turid Hagene supo encontrar en su investigación.